

20728
1847
HISTORIA
DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

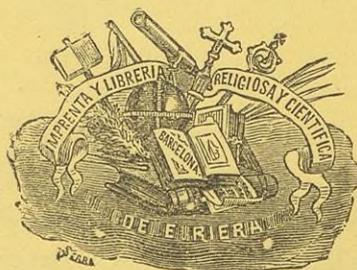
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

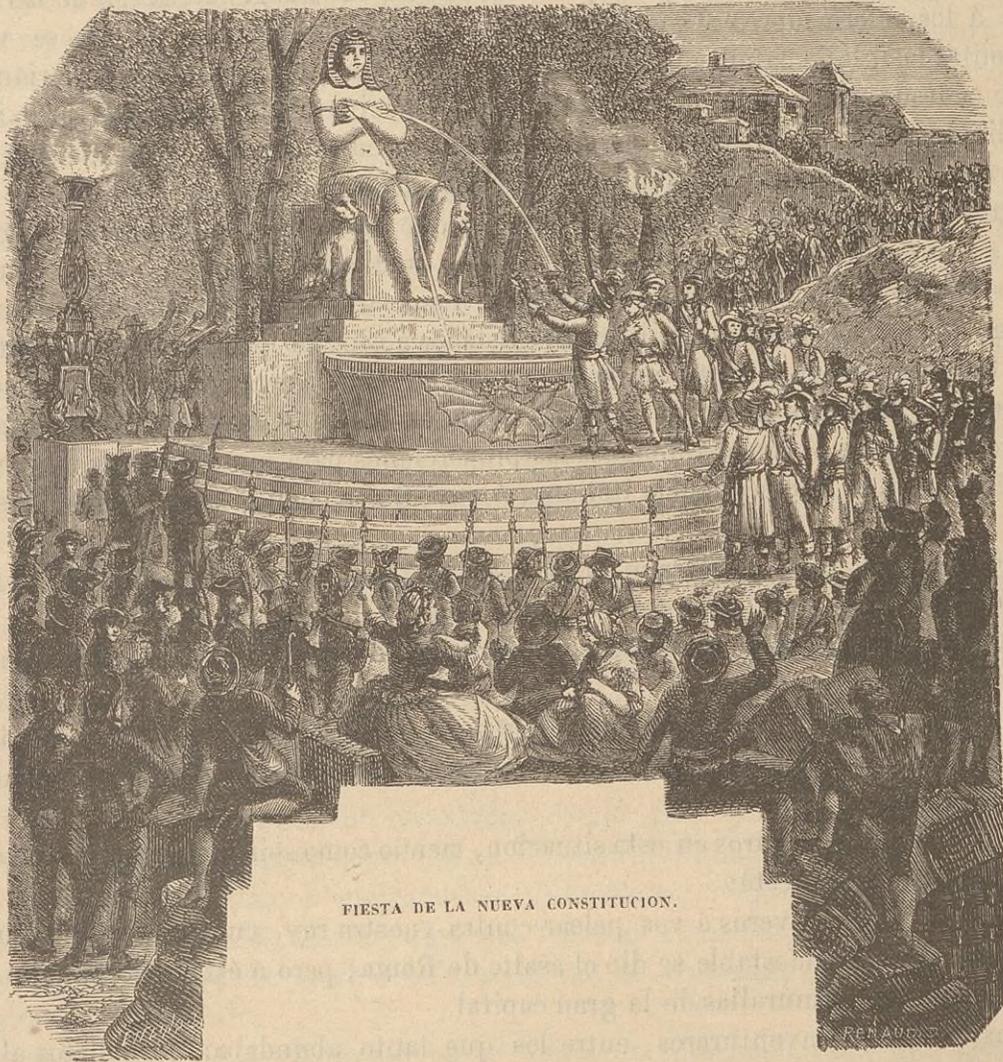
1878.

Cuaderno 87.

En Neustadt los luteranos sorprenden en una emboscada al capellan del archiduque Fernando y le mutilan (1).

Lutero se ocupa de la dieta de Nuremberg y trata á los Electores de la siguiente manera:

«¡Con que se me condena en última instancia y se me envía á Spira para ser juzgado! ¡Ah cabezas locas de príncipes!... Enhorabuena, mis queridos príncipes y señores, venid, apresuráos á matar á un pobre diablo, y cuando yo haya muerto, habréis hecho un buen negocio. Manos á la obra, pues; asesínadme, quemadme, aquí me tenéis; no os pido sino que cuando me hayáis muerto no concibáis la idea de resucitarme para volverme á matar. Está visto; Dios no quiere que tenga que habérmelas con seres racionales, y me arroja á las bestias alemanas,



FIESTA DE LA NUEVA CONSTITUCION.

como si me arrojase á lobos, á jabalíes... Pero vuestras amenazas serán impotentes; no prevaleceréis contra mí sino cuando llegue la hora en que Dios me llame. Él me alargará la vida, aún á pesar mío... Queridos príncipes y señores, levantad los ojos al cielo y cambiad de camino. ¿Qué intentáis? Dios es muy fuerte, os derribará; temblad ante su poder. — Dios disipa el consejo de las naciones (*Psalm. x*). — Él ha echado de sus sillas á los grandes (*Luc. I, 52*). Hé aquí lo que os aguarda, mis amados príncipes; comprendedlo bien.

«Cristianos, yo os conjuro á que levantéis vuestras manos y roguéis á Dios por estos príncipes ciegos; guardáos de presentarles vuestra ofrenda contra el turco, que es mil veces más piadoso y más sabio que nuestros señores. ¡Ahí tenéis á ese pobre emperador, gusano de la tierra, que no está seguro de una hora de vida, y sin embargo no se avergüenza de proclamarse el alto y poderoso defensor de la fe cristiana! ¿Qué dice la Escritura? «Que la fe es el brazo de Dios,» ¿y un brazo semejante tendría necesidad de la proteccion de un hijo de la muerte, á

(1) Seckendorf.

quien la sarna ó la viruela puede dejar clavado en un lecho? ¡Tened piedad, Señor, de esta turba de locos, de insensatos, de idiotas! Perseguir la palabra de Dios es su destino y su castigo; ¡que Dios nos libre de sus manos y que su gracia nos conceda otros señores!— Amen.»

El incendio iba propagándose de una manera espantosa. Las doctrinas luteranas pasaban de la Sajonia á las provincias septentrionales, á los ducados de Luneburgo, de Brunsvick, de Mecklemburgo, á la Pomerania, Magdeburgo, Hamburgo, Wismar, Rostock, atravesaban el Báltico, enseñoreándose de la Livonia, y el margrave Alberto se encargaba de su propagacion en Prusia, que pertenecía á la Orden Teutónica, de la que él era Gran Maestre.

Donde dominaba el luteranismo convertíase inmediatamente en opresor, en déspota, apoderábase de los templos católicos, y despues de derribar las imágenes, al son de las campanas llamábase á los reformadores á sus ceremonias, en las que desde el púlpito se vomitaban insultos contra la Iglesia católica, á la que se declaraba muerta para siempre; gloriándose ellos de haberle causado una herida mortal que había de terminar muy pronto con su existencia.

En julio de 1524, los príncipes católicos se reunen en Ratisbona, donde asisten el archiduque Fernando, los duques de Baviera, Guillermo, Luis y otros. Allí se resolvió la observancia estricta del edicto de Worms, y se dispuso que se castigase á los eclesiásticos que faltaran á sus votos de castidad, que no se permitiese predicar el Evangelio sino segun el sentido de los Padres y Doctores, que se impidiese á sus súbditos frecuentar la universidad de Witemberg, que no se concediese asilo en sus Estados á ningun luterano, comprometiéndose á auxiliarse mutuamente en el cumplimiento de cualquiera de las cláusulas de la Confederacion.

Poco despues la misma Roma se veía convertida en teatro de la barbarie luterana.

El poder de Carlos V tomaba demasiadas proporciones para que Clemente no creyera que urgía poner á salvo la independencia italiana, á cuyo fin se coaligó con los enemigos del Emperador.

Jorge Frondsberg, furioso luterano, atraviesa los Alpes con quince mil alemanes, para ir á reforzar el ejército imperial, que estaba ya devastando las provincias de Italia.

Al frente de estas fuerzas, engrosadas con multitud de aventureros, iba el Condestable de Borbon.

Este personaje frances, obedeciendo á resentimientos personales, había hecho traicion á su patria, pasando al campo de los imperiales. Cuéntase de él que al morir Bayardo había ido á visitarle, y le dijo:

—Mucho siento encontraros en esta situacion, siendo como sois tan cumplido caballero.

Á lo que Bayardo contestó:

—Pues yo siento más veros á vos pelear contra vuestro rey, vuestra patria y vuestra fe.

A las órdenes del Condestable se dió el asalto de Roma; pero á éste le sorprendió la justicia de Dios al pié de las murallas de la gran capital.

Aquellas hordas de aventureros, entre los que tanto abundaban los adictos al luteranismo, nada deseaban con más anhelo que saquear Roma.

De entre sus filas oíase resonar el grito de:

—*Nicht Papa*; nada de Papa.

Uno de aquellos desalmados, Verdesilva, en la hora del asalto arengaba á los suyos, diciéndoles:

— Yo voy á hacer de la piel de Clemente una correa que presentaré á Lutero, para que vea cómo es castigado todo el que resiste á la palabra de Dios.

Frondsberg ostentaba un cordon de oro y otro de plata, diciendo que el uno había de servir para estrangular á los papas y el otro á los cardenales.

El segundo de Frondsberg era Jacobo Ziegler que, en su *Vida de Clemente VII*, da á conocer toda su saña contra el Sumo Pontífice.

Difícil sería describir la serie de horrores que tuvieron lugar despues del asalto. Las tropas imperialistas dejaron muy atras á las antiguas hordas del Norte.

Se empezó por profanar de una manera brutal la tumba de Julio II. La basílica de San Pedro fué convertida en cuadra de caballos, á los que se daba el pienso en los baptisterios; las bulas pontificales servían para echarse á dormir sobre ellas, las espuelas de la caballería se limpiaban con el santo crisma, usábase de los vasos sagrados en vergonzosos banquetes, se acosaba á las vírgenes del Señor en los templos, al pié mismo de los altares, y se celebraban las más degradantes orgías, vistiéndose aquellos desgraciados con los hábitos sacerdotales. Los cardenales de la Minerva, de Siena, Ponceta, del Monte, Bartolini, arzobispo de Pisa, Ghiberti, obispo de Verona, Pucci, obispo de Pistoia, san Cayetano, se vieron insultados, escarnecidos, víctimas de toda clase de infamias.

Apoderáronse de un cardenal, y montándole en un asno, vuelto de cara á la cola, le paseaban por la ciudad obligándole á mendigar la ración de puerta en puerta.

Se prendió á un sacerdote que iba á administrar el Santo Viático, se le llevó á una cuadra, queriendo obligarle á que diese una Sagrada Forma á un jumento, á lo que resistiéndose el religioso, fué asesinado.

Se hizo una parodia de funerales por el cardenal de Ara Cœli, y en un cónclave grotesco se declaró degradado á Clemente, nombrándose en su lugar papa al doctor de Wittemberg, Martín Lutero, en cuyo honor se organizó una cabalgata. Los archivos paladinos fueron incendiados. El rancho para las tropas se condimentó en la Capilla Sixtina. A una mujer que había proporcionado hortalizas á Clemente VII, la ahorcaron.

Los templos que respetaron Atila y Genserico fueron robados por aquellas turbas de salvajes, que saquearon la biblioteca del Vaticano y la guardaropía pontifical.

Señores de la primera aristocracia fueron víctimas de la brutalidad de aquella feroz soldadesca que nunca se daba por satisfecha. A los ricos se les tendía en el potro, y cuando ya se les había quitado todo el dinero, les obligaban á firmar billetes exigiendo enormes cantidades á amigos ó parientes que tenían en el extranjero.

Muchos prelados murieron á consecuencia de aquella serie de actos de incalificable salvajismo.

Las plazas y las iglesias fueron convertidas en mercado donde se vendía á las doncellas confundidas con los caballos; y mientras que el pillaje de Genserico, que distó mucho de revestir un carácter tan repugnante, sólo duró catorce días, éste se dilató por espacio de dos meses.

La escuela de Rafael y de Miguel Ángel es ahuyentada de Roma. Antonio Sangallo tiene que abandonar sus pilastras medio levantadas cuando arden ya los andamios, y desde el castillo de San Angelo contempla envueltas en siniestra nube de humo los últimos pisos del Vaticano, que tenía el encargo de engrandecer. Julio Romano hasta llegar á Módena no puede volver á tomar sus pinceles, Ferrari tiene que trasladar su cátedra á Milan y Perino del Vaga á Génova. A Rosso, que se niega á huir, se le ata, se le apalea, se le carga de cadenas y se le escarnece como idólatra.

Miguel Ángel, no estando seguro en la capital de Florencia, tiene que cambiar los instrumentos de su arte por la espada, y él, artista por genio, por inspiración, se convierte en soldado por necesidad.

Aquellos artistas, aquellos poetas, describen con su imaginación de fuego los desastres de la gran capital y excitan la indignación pública contra aquellos atentados, proclamando que lo que pasa en Roma no es más que la barbarie de los germanos vengándose de una manera brutal de la civilización italiana.

Clemente VII se había guarecido en el castillo de San Angelo como último refugio. Se le exigió que se rindiera. Clemente no era hombre para colocarse al frente de un ejército; pero le sobraba valor para cumplir con su deber arrojando toda clase de peligros. El Papa se negó á una capitulación que importaba una abdicación de sus derechos.

Clemente logra huir vestido de mercader.

La familia del Sumo Pontífice fué arrojada de Roma.

Al fin Clemente mismo fué hecho prisionero, quedando á disposicion de una soldadesca desenfrenada.

Ya se creía el poder temporal de los pontífices perdido para siempre, y se repetía que al Papa no le quedaba más recurso que entregar la espada al Emperador para no quedar sino con el báculo «y volver á San Juan de Letran á cantar la misa (1).»

Se comentaban las palabras de Savonarola dándoles un carácter profético:

«Oh Roma, yo te lo repito, haz penitencia. El Señor dice: Cuando yo vendré sobre la Italia con mi espada, para visitar sus pecados, visitaré tambien á Roma, y mujeres mundanas se sentarán sobre los altares de San Pedro, y la basílica se convertirá en cuadra de caballos, y allí se comerá, se beberá, y se cometerán todas las abominaciones... Yo arruinaré, dice el Señor, los bellos palacios; tantos tesoros serán pisoteados, los hombres asesinados; reinará el mayor desórden.»

En Milan se organizaba una imponente procesion, á la que asistía toda la ciudad y en que los cantos del clero eran ahogados por los gritos de: ¡Misericordia! ¡Misericordia!

El hecho fué que no sólo el condestable de Borbon murió en el momento del asalto, sino que el príncipe de Orange, que se puso en su lugar, pereció poco despues, en el sitio de Florencia; otro jefe, Lanoy, sucumbió atacado por la peste; el mismo Moncada, que no se opuso á aquellos atropellos, le sobrevivió poco. Dos años despues del sitio de Roma no quedaba con vida uno solo de los que habían tomado parte en aquellas escenas de vandalismo (2).

Pompeyo Colonna, enemigo personal de Clemente, y que adherido á la causa del Emperador, había entrado en Roma al frente de una numerosa partida de aldeanos de sus dominios señoriales, al ver tantos crímenes, tantas profanaciones, acabó por participar del dolor de aquella Iglesia que era su Iglesia, de aquella Roma que era su patria. Derramó lágrimas de arrepentimiento, despidió á los aldeanos que había sublevado contra el Sumo Pontífice, abrió las puertas de su palacio á todos los cardenales cautivos, mandó distribuir víveres á muchos desgraciados que, habiéndolo perdido todo, hubieran muerto de hambre.

La Europa católica protestó indignada contra los atentados cometidos en Roma por el ejército del Emperador. Los obispos españoles reclaman á Cárlos la libertad del Sumo Pontífice, éste ordena rogativas públicas, manda vestir luto á la corte, y suspende las fiestas que se preparaban con motivo del nacimiento de su hijo Felipe.

La Francia y la Inglaterra se arman en favor del Pontífice cautivo. Cárlos acusa á Francisco I de haber faltado á su palabra de honor, lo que ofrece sostener, si necesario fuera, de hombre á hombre. El de Francia le contesta con un escrito firmado de su puño *que ha mentido (qu'il en a menti par la gorge)* y que acepta el duelo. Hubo por fin en los dos monarcas bastante buen sentido para no dar el escándalo de un desafío.

Al fin, el Papa es puesto en libertad por órden de Cárlos, y cuando se pretendía que el poder pontifical había muerto, el emperador Cárlos V, el primer político y el primer soldado de su tiempo, suplica al Papa que sea él quien le entregue la corona imperial, le pide perdón por los atropellos cometidos en Roma, le implora la absolucion por las censuras en que hubiesen incurrido aquellos de sus súbditos católicos que hubiesen tomado parte en tales atentados, se obliga á hacer restituir á la Santa Sede Módena y Reggio, que le habían sido arrebatadas por el duque de Ferrara, lo propio que Rávena, ocupada por los venecianos, y pone su corona, su poder y sus ejércitos á disposicion del Sumo Pontífice, á quien instituye en juez para siempre que haya de desenvainar la espada ó volverla á la vaina.

Poco despues tambien el rival de Cárlos V, Francisco I, doblaba la rodilla en presencia de Clemente VII, le juraba obediencia, y le besaba los piés.

Más adelante decía á los franceses refiriéndose á la propaganda del luteranismo:

—En cuanto á mí, si yo supiese que alguno de mis miembros está infectado de herejía,

(1) Varchi, *Hist. de Florencia*, t. II, p. 43.

(2) Hottinger, *Ecclesia sæculi XVI*, t. II, p. 61.

dispuesto me siento á cortarlo; si alguno de mis hijos fuese hereje, dispuesto me siento á sacrificarlo (1).

XXVII.

Guerra de los aldeanos.

Cuando se echaban á la hoguera sus libros, Lutero había dicho:

«Se podrán quemar las ténues hojas de papel en las que he escrito mis tésis; pero nunca podrá quemarse el espíritu que he soplado sobre estas tésis.»

Lo propio pudo decir Carlstadt, cuando, á instancias del doctor, el elector de Sajonia hacía quemar sus producciones. El espíritu de insurreccion, no ya contra la autoridad religiosa, sino contra la autoridad social, contenido en aquellas páginas, iba penetrando por todas partes, incluso la ciudad misma de Wittemberg, de la que Lutero se creía el único árbitro.

Refugiado en Orlamundo, parroquia que dependía de la universidad de Wittemberg, Carlstadt, despues de destrozar las estatuas, las imágenes de los santos, todos los símbolos religiosos, profanaba las tumbas de los obispos de la Germania, cebándose ferozmente en los restos de los difuntos.

Despues de haber hecho desaparecer los cuadros de los antiguos maestros y hasta los ventanales de vidrios de colores, Carlstadt subía al púlpito y explicaba á los oyentes sus sueños que él pretendía venirles del cielo.

—Dentro de poco, decía riéndose Lutero, este Carlstadt introducirá la circuncision en su diminuta grey.

Ya la poligamia se establecía tambien en Orlamundo. Un hombre del pueblo, con el Antiguo Testamento en la mano, preguntaba ingenuamente á Carlstadt si era lícito ser marido de dos mujeres. El doctor anabaptista se limitaba á menear la cabeza, dando una sonrisa por toda contestacion.

En Eissenach el turbulento Jacobo Strauss, en nombre de la sociedad civil, se sublevaba contra el préstamo á interes, contra los diezmos, y anunciaba la próxima aparicion del reyno espiritual en que el pobre entraría definitivamente en posesion de los bienes que le habían robado los príncipes temporales y de las bellas espigas que la lanza del Landsknect, el satélite del señor feudal, había pisoteado en los campos del agricultor.

A poca distancia de Eissenach, Munzer al Evangelio de Lutero sustituía una revelacion interior, que en ningun caso podía engañar al alma dispuesta á escuchar dócilmente la voz celestial, mil veces preferible, decía él, á esa letra muerta escrita en signos ininteligibles que los luteranos no aciertan á comprender más que los papistas.

Su lenguaje era tan explícito como feroz.

—Para fecundizar la palabra de Dios, decía, lo que hace falta es sangre; sí; la sangre del noble y del sacerdote.

En Strasburgo, Othon Brunfels proclamaba haber llegado la hora de librarse del diezmo que el aldeano pagaba á su cura; éste, añadía, ha de alimentarse trabajando la tierra con el sudor de la frente, lo mismo que los demas. Cristóbal Schappeler, en Memmingen, Jacobo Wehe, en Leipheim, Baltasar Hubmaier, en Waldshut, Juan Wolz, en los alrededores de Halle, predicaban igual doctrina.

El mismo Lutero no se presentaba más comedido.

«Si vuestros obispos os dicen que os abstengáis de insurreccionaros contra la jerarquía eclesiástica, responded: ¿Sería mejor que el mundo pereciese, que las almas se hundieran en

(1) Sismondi. *Hist. de los franceses*, 1335.

la eternidad ántes que despertar á esos obispos de su dulce sueño? No, no. ¡Perezcan obispos y monasterios y colegios, todo, ántes que una sola alma.»

En la Selva Negra, junto á las fuentes del Danubio, es donde la doctrina de la Reforma empieza á convertirse seriamente en rebelion armada.

El 24 de agosto de 1524 el pastor Hans Muller al frente de una numerosa turba de aldeanos precedida de una bandera tricolor, roja, negra y blanca, entra en Waldshut, reune al pueblo y anuncia que viene en nombre de Dios para romper las cadenas de los esclavos.

La rebelion va tomando imponentes proporciones.

Los aldeanos empiezan por dirigir representaciones al Gobierno imperial, exponiendo sus quejas, y luégo añaden:

—Si los señores no nos hacen justicia, nos la haremos nosotros.

El reclutamiento de los revoltosos se hace con la Biblia en la mano.

Hans Muller se presentaba vestido con un manto de púrpura, con un birrete modelado sobre una mitra de obispo, con un caballo robado á un cura (1). Precediale una bandera inmensa que iba en un carruaje adornado de yerbas y de colgaduras. Al llegar á una poblacion, bajaba de su caballo, exigía las llaves de la bodega monacal, y apoderándose de los vasos sagrados, bebía en ellos á la salud de la Santa Liga. Decía que su objeto no era traer la guerra sino la paz á los hombres de buena voluntad, es decir, á los señores que dejaran sus palacios y á los abades que salieran de su monasterio para ir á vivir en la cabaña del aldeano. Luégo se dirigía á visitar las iglesias y los castillos, se apoderaba del oro, plata y alhajas, cambiaba su escuálido caballo por otro de mejor planta que encontraba en las caballerizas de algun rico, y repartía los trajes de los nobles entre los suyos.

Despues se tocaba á rebato, y el jefe de los rebeldes, subiéndose encima de un tonel, leía á las silenciosas masas el manifiesto de la Liga, en que los aldeanos pedían entre otras cosas:

Que se les autorizase para escoger sus pastores entre los que predicasen el Evangelio en su primitiva pureza, sin adición de preceptos humanos, y facultándoles para deponerlos siempre que estuviesen descontentos de él.

Que se estableciese absoluta libertad de caza y pesca, ya que Dios en la persona de Adan les había dado imperio sobre las aves del cielo y los peces del mar.

Que en adelante no se exigiesen los diezmos.

Que siendo el labriego lo mismo que el rey, rescatado por la sangre de JESUCRISTO, todos fuesen iguales.

Que fuesen libres de recoger leña en los bosques para su uso.

Que si se equivocaban en sus quejas, se les corrigiese por medio de la palabra de Dios.

Erigióse en jefe de pandilla un gran bebedor, un hombre de malas costumbres, Jorge Metzler, que pasaba la vida en las tabernas. Metzler estaba dispuesto á capitular con los ricos, siempre que aceptasen estas condiciones: dar la mayor parte de sus tierras al pueblo, abolir todo derecho feudal y ponerse á la cabeza de los aldeanos para ir á echarse sobre los prelados del país.

Su partida tomaba el nombre de bando Blanco, para distinguirla de la de Hans Kælbenschlag, que se llamaba el bando Negro, constituyendo juntas un ejército de algunos miles de hombres que no daba jamas cuartel al enemigo.

La Suabia fué una de las primeras regiones invadidas. Los condes de Hohenlohe y de Löwenstein, lo propio que el baron de Rosemberg, se vieron forzados á suscribir las condiciones que les imponían los vencedores.

En Grumbuld salió de entre las filas un calderero y dijo á los príncipes:

«Hermano Jorge y hermano Alberto, venid con nosotros y prometed servirnos como verdaderos hermanos, porque habéis ya dejado de ser señores.»

Y los príncipes daban, en señal de alianza, un apretón de mano al representante del pueblo que les hablaba.

(1) Ranke.

El conde de Helfenstein, al resistirse, fué hecho prisionero. Su esposa se echó de rodillas ante los rebeldes, pidiendo gracia en favor de su esposo, con un hijo suyo en los brazos: por toda respuesta se obligó al preso á pasar por entre dos filas de soldados armados de picas, pe-
reciendo á manos de sus súbditos.

Los conventos, dice un historiador, caían como castillos de naipes; aquellos paisanos estaban dispuestos á no ceder interin existiese un solo edificio que se elevase sobre sus ca-
bañas.

Muller daba á la revuelta un carácter social, Munzer un carácter religioso. Recorría las poblaciones, las aldeas, predicando la libertad de Israel, decía que el CRISTO de Lutero era demasiado abstracto, demasiado ideal, que era un CRISTO puramente de poesía que sabía á miel; pero que iba á venir el CRISTO verdadero, el cual haría arrancar de los campos la mala yerba que impide las buenas cosechas.

Muller rechaza las condiciones convenidas con los aldeanos por los señores que han ca-
pitulado, porque las cree sobrado benignas; para él no es posible cejar hasta que se venga al resultado definitivo, que es la propiedad comun, el agua como el aire, el ave como el pez, la planta lo mismo que la peña, todo de todos. No ha de haber más ley que la revelacion inte-
rior, y para ésta un nuevo Daniel que la interprete y un nuevo Moises que marche al frente de las naciones regeneradas, y este Moises y este Daniel, dice, soy yo (1).

Lutero no había concebido todavía celos de la popularidad de Munzer, ignorando como ignoraba que aquella popularidad tomase tales proporciones. Lutero era una premisa de la que
Munzer no era más que la consecuencia; hasta entónces no había llegado aún para Lutero la hora de reñir con la lógica, de desmentirse solemnemente.

Los aldeanos se sublevan; es que tienen razon para ello, dice el doctor, y dirigiéndose á la nobleza alemana, escribe:

«La responsabilidad de estos tumultos es toda vuestra; príncipes y señores, es vuestra en especial, monjes, sacerdotes insensatos, obispos ciegos.

«Os obstináis en ser locos, en trabajar contra el Evangelio, sabiendo bien que él perma-
necerá y vosotros no prevaleceréis.

«¿De qué manera gobernáis? No sabéis hacer otra cosa que oprimir, destrozar, despojar, para sostener vuestra pompa, vuestra petulancia.

«Hé aquí la espada levantada sobre vuestras cabezas, y os creéis tan firmes en vuestras sillas que no sospecháis que nada pueda derribaros.

«Esta seguridad os costará la cabeza. Ya lo veréis. ¡Paso á la cólera de Dios!»

Los aldeanos leen este manifiesto y se enardecen para la feroz lucha.

Se insurrecciona la Turingia, la Alsacia, la Lorena, la Sajonia, el Palatinado.

La Alemania queda convertida en un campamento. Los aldeanos dejan en masa sus tra-
bajos, y quien con un palo, quien con un cuchillo, corren todos á alistarse bajo la bandera de Munzer, entonando himnos religiosos.

Pronto tienen lanzas, picas, caballos y hasta algun cañon.

Hay hombres que en la hora de las grandes tormentas salen de antros de oscuridad donde hasta entónces han vivido desconocidos, seres siniestros que buscan en la destruccion su glo-
ria, y en la sangre su placer: tal era Phiffer, católico renegado que viene á reemplazar á Storch. Phiffer ya no lee la Biblia; presentándose como profeta, como iluminado, refiere un sueño á aquellas masas fascinadas, y les dice:

«Yo he visto un número prodigioso de ratones que iban á cebarse en un granero para devorar todo el trigo. Príncipes, vosotros que nos oprimís sois estos ratones: nobles, vosotros que nos devoráis, sois estos ratones. Pero en mi sueño, yo me he lanzado sobre estos repug-
nantes animales y he hecho una gran carnicería. ¡A las armas, pues! ¡Fuera de vuestros campos! ¡Israel, á tus tiendas! ¡Hé aquí que ha llegado el día del combate! ¡Que caigan nues-

(1) *Thuringia sacra*, II.

tros tiranos y sus castillos! Nos aguarda un rico botin, que presentaremos á los piés del profeta, quien lo distribuirá fielmente entre sus discípulos.»

Munzer bajaba á las minas de Mamfield, y haciendo resonar su voz por aquellas cavernas, gritaba:

«Hermanos míos, despertad, despertad; vosotros que dormís empuñad vuestros martillos y vamos á herir la cabeza de los filisteos. En Eichsfeld la victoria acaba de declararse por nuestros hermanos. ¡Gloria á ellos! Que su ejemplo sea para vosotros una leccion. Que vuestros martillos no permanezcan ociosos; váis á golpear sobre el yunque de Nemrod, emplead contra los enemigos del cielo el hierro de vuestras minas. Dios será vuestro jefe. Cuando Josafat oyó las palabras del profeta, se postró en tierra. Hermanos, inclinad vuestra frente; hé aquí que el mismo Dios en persona viene en vuestra ayuda.»

Y Munzer pronunciaba estas frases con su actitud exageradamente nerviosa, ante aquellos mineros cuyo rostro y desnudo pecho estaba ennegrecido por el humo del carbon, sosteniendo en sus hercúleos brazos, unos piquetas, otros enormes martillos, que escuchaban al pretendido profeta en medio de un silencio general sólo interrumpido por las imprecaciones que algunos murmuraban contra los señores, reflejándose en sus frentes el fuego que ardía en aquellas cuevas subterráneas. Era un cuadro que tenía algo de infernal. Luégo de pronunciada la arenga de Munzer, salía en tropel una multitud de mineros, llevando unos las herramientas de sus trabajos, levantando otros sus crispados puños y lanzando todos gritos de venganza, de sangre, de exterminio contra los ricos y los sacerdotes.

Munzer los forma en filas, los cuenta, y les cita para el sitio de la reunion general. No faltó ni uno.

Al salir de las minas se dirige á unos aldeanos, y les dice:

«¿Vosotros, hermanos, dormís todavía? Vamos á dar la gran batalla de los héroes. La Franconia está levantada en masa; los señores van á tener su merecido, ¡abajo los malvados! En Fulda ya han caído cuatro iglesias: los aldeanos de Klegen corren todos á las armas. Que fueseis tan solo tres confesores de JESUS y podríais desafiar á cien mil enemigos. ¡Manos á la obra! ¡Dran, dran, dran! Esta es la hora: ¡los malvados van á ser cazados como perros! Nada de compasion para estos impíos; os suplicarán, os acariciarán, lloriquearán lo mismo que niños; nada de compasion; es la orden de Dios dada por boca de Moises. ¡Dran, dran, dran! Que la sangre no se resfríe en la hoja de vuestras espadas. ¡Pink, pank! sobre el yunque de Nemrod. ¡Dran, dran, dran! ¡Ha llegado el día! Dios marcha adelante: ¡seguidle!»

Lutero comprende que Munzer, que es el soldado de la Reforma, va á sobreponérsele á él, que no es nada más que el apóstol; que él, que es el hombre de la idea, tendrá que inclinarse ante Munzer, que es el hombre de la accion.

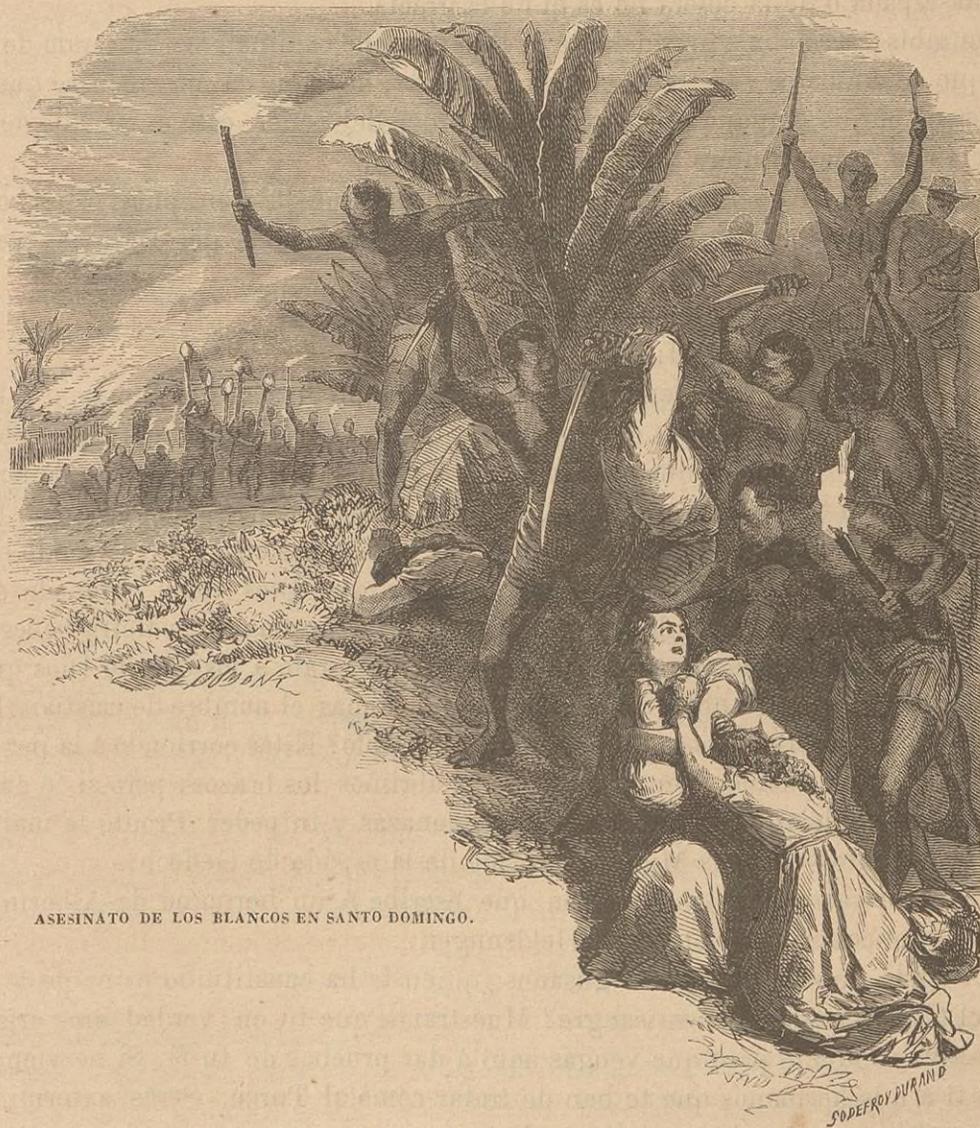
A los manifiestos de los jefes anabaptistas dirigidos á los paisanos, Lutero responde con otro manifiesto:

«Hermanos míos, dice, los príncipes que se oponen entre vosotros á la propagacion de la luz evangélica se atraen las venganzas de Dios, merecen caer de sus tronos. Pero si vosotros mancharais vuestras manos con su sangre ¿no seríais tan culpables como ellos? Se os dice que triunfaréis, que sois invencibles. Pero el Dios que destrozó á Sodoma ¿no puede aplastaros á vosotros? Hombres de espada, pereceréis por la espada. Al resistir á vuestros magistrados resistís á JESUCRISTO. La ley natural os veda hacer os la justicia por vosotros mismos: vosotros la pedís en nombre de una autoridad que os ha sido denegada. ¡No habléis de revelaciones que autoricen vuestra revuelta! Los milagros que las atestiguan ¿dónde están? ¡Qué! ¿El espíritu del Señor habría de sancionar con prodigios el latrocinio, el asesinato, el bandolerismo, la usurpacion del derecho de las magistraturas? ¿Os usurpan vuestros bienes? Iniquidad: ¿Les usurpáis su jurisdiccion? Pues iniquidad tambien. Si vosotros triunfarais ¿qué sería el mundo sino un ható de bandidos donde réinaría la violencia, el pillaje, el homicidio? JESUS para ser defendido no tiene necesidad de la fuerza bruta. Véis como yo siempre he res-

petado al soberano. No trato de justificar á vuestros magistrados; reconozco su injusticia; la detesto; pero esperad, ya vendrá vuestro día.

—«¡Nada de diezmos! gritan. ¿Y con qué derecho los arrancáis á sus legítimos poseedores? ¿Queréis emanciparos de la esclavitud? pues sabed que la esclavitud es tan vieja como el mundo. Abrahan tenía esclavos y san Pablo establece reglas para aquellos á quienes el derecho de gentes ha reducido á servidumbre.»

Lutero envió el manifiesto á Munzer, y éste, por toda respuesta, rasgó una página del folleto del doctor *Contra falso nominatum ordinem ecclesiasticum* y se la envió. En esta página se leían aquellas palabras:



ASESINATO DE LOS BLANCOS EN SANTO DOMINGO.

«Esperad un poco, monseñores los obispos, larvas del diablo; el doctor Martin os va á leer una bula que no os agradará mucho. *Bula de Martin Lutero*:—Todo aquel que ayudará con su brazo ó con sus bienes á arruinar á los obispos y la jerarquía episcopal, es un buen hijo de Dios, un verdadero cristiano, que observa los mandamientos del Señor.»

Erasmo tomando cartas en el asunto, sólo para dar á conocer más la inconsecuencia de Lutero, le escribe:

«Es inútil que en vuestro cruel manifiesto contra los aldeanos rechacéis toda idea de rebelion; ahí están vuestros libelos, esos libelos escritos en lengua vulgar, en los que, á nombre de libertad evangélica, predicáis una cruzada contra los obispos y los monjes: allí está, pues, el gérmen de todos los tumultos.»

El enojo de Lutero contra los aldeanos se convierte en furor. Aquellos hombres del pue-

blo que ántes para el doctor eran unos esclavos que debían sacudir su yugo y romper sus cadenas, hoy son unos rebeldes á los que debe negarse el agua y el fuego; ayer el Reformador se enternecía ante sus lágrimas, hoy pide su sangre.

«¡Ea, príncipes, grita, á las armas! ¡A las armas y firme contra ellos! Ha llegado ya el tiempo en que un príncipe puede ganar más fácilmente el cielo con sangre, que nosotros con oraciones.

«Herid, destrozad, matad de frente ó por la espalda, porque no hay nada más diabólico que un revoltoso: es un perro rabioso que os morderá sino le abatís.

«No es tiempo de que os durmáis, ni de que ejercitéis la paciencia ó la misericordia: el tiempo de la espada ó de la cólera no es el de la gracia.

«Si sucumbís, seréis mártires delante de Dios, porque camináis por la senda de su Verbo; pero si el que sucumbe es vuestro enemigo, el rebelde, no le queda más recurso que las penas eternas, porque el que empuña espada contra la orden del Señor, éste es un hijo de Satanás.»

Melancton se unía á Lutero y decía á los príncipes:

«Estos rústicos son en verdad bien poco razonables. ¿Qué quieren, pues, estos hombres del campo que gozan de demasiada libertad? José cargaba la espalda del Egipcio, porque sabía bien que no conviene aflojar la brida al pueblo.»

Munzer no cede. Muy al contrario, desafía á los príncipes.

Escribe al conde de Mamfield:

«Hermano, tú abusas de un texto del Apóstol para predicarnos la sumision á los magistrados. Estás todavía en los pañales del papismo. ¿Ignoras por ventura que Dios, en su furor, encarga amenudo á los pueblos que castiguen á los príncipes y echen debajo de sus tronos á los reyes malos? ¿En tus potajes luteranos, ó en tus sopas á la wittenbergense no has sabido encontrar lo que profetiza Ezequiel en su capítulo treinta y siete? ¿Revolviendo el estiércol martinico, no has olfateado que revela el gran profeta que Dios tiene ordenado á las aves del cielo alimentarse de la carne de los príncipes, y á las bestias de la tierra beber la sangre de los poderosos? Este pueblo al cual oprimes ¿no es más grato á los ojos de Dios que un impío que engorda con su sustancia? ¡Ah idólatra que tomas el nombre de cristiano! ¿Eres tú quien te atreves á ponerte en boca el nombre de san Pablo? Estás corriendo á la perdicion. La soberanía pertenece al pueblo. Ven á nosotros, te abrimos los brazos; pero si te empeñas en ir contra nosotros, ¡adelante! despreciamos tus amenazas y tu poder. Pronto la mano de Dios pesará sobre tu frente.—Tomas Munzer, armado de la espada de Gedeon.»

No es ménos descocado el lenguaje con que escribe á un hermano de Alberto, al conde Ernesto, que se encontraba entónces en Heldrungen:

«Dime, Conde, miserable saco de gusanos ¿quién te ha constituido príncipe de este pueblo al que el CRISTO rescató con su sangre? Muéstranos que tú en verdad eres cristiano: te ofrezco un salvo conducto para que vengas aquí á dar pruebas de tu fe. Si no vienes, sublevaré contra tí á mis hermanos que te han de tratar como al Turco. Serás exterminado de la tierra, porque Dios nos manda precipitarte de tu trono: no sirves para nada, no eres más que la escandalosa escoba del servidor de Dios. Necesitamos una respuesta: irémos á buscarla en nombre del Dios de los ejércitos.»

Dos años los aldeanos tuvieron en conmocion á la Alemania. Durante aquel período siete pueblos fueron desmantelados, mil monasterios arrasados, trescientas iglesias incendiadas y murieron unas cien mil personas.

La lucha suprema fué en Franckenhauen, en dónde se concentraron todos los príncipes para batir juntos á los rebeldes.

Al frente del ejército estaba Jorge de Sajonia.

No faltaron á la hora de la lucha los príncipes adictos á la secta luterana.

Lutero mismo les excitaba á la guerra. Escuchémosle:

«Al asno darle yerba y palo; al aldeano paja de avena. ¿No ceden? pues venga el palo y

la carabina; esto es de derecho. Roguemos para que obedezcan; y si no obedecen, entónces nada de compasion; si no oyen el silbido del arcabuz serán mil veces más malos.»

Nunca Eck ni Prierias habían usado semejante lenguaje; nunca habían hablado de la brida que no debe aflojarse al pueblo como Melancton, ni de la paja y el palo con que debe tratarse, como dice el doctor Martin.

En el día de la lucha las partidas de Munzer estaban colocadas en un montecillo, sin más defensa que ramas de árboles con que impedir el paso á la caballería. Nada de plan de campaña, nada de recursos de ataque ni siquiera de medidas previsoras para salvar una retirada. Aquello lo era todo ménos un ejército. Aquellos millares de hombres fanatizados por la palabra de Munzer estaban allí sin ninguna formacion, en numerosos grupos, como si no tuviesen más objeto que el de servir de carne de cañon. Si no hubiesen sido las banderas donde estaba pintada la rueda de la fortuna, y los gritos salvajes de guerra que por allí atronaban los aires, nadie hubiese dicho que aquellas masas desiguales, separadas sólo por los accidentes del terreno, que se agitaban, no con la regularidad de un ejército, sino con la actitud caprichosa de una nube, nadie hubiera dicho, repetimos, que aquello fuera un campamento.

En cambio los confederados hallábanse en perfecto orden de batalla en una extensa llanura. Veíanse brillar las corazas de dos escuadrones de caballería que constituían las alas, ocupando el centro la infantería á manera de una gran masa oscura, sobre la que se destacaban las banderas, en algunas de las cuales ondeaba la imágen de algun santo. Ocupando su correspondiente lugar había algunos viejos cañones, arrancados de alguna fortificacion donde yacían inactivos desde algun tiempo.

La batalla va á darse apénas el sol aparece en Oriente.

Munzer empieza por dirigir á los suyos su correspondiente proclama:

«Aquí los tenéis, dice, delante de vosotros á esos príncipes que sacian con vuestros sudores y vuestra sangre la sed de sus prostitutas. Dios, en el Deuteronomio, ordena á los reyes que no tengan sino algunos caballos; ¿y que hacen nuestros príncipes? Les manda que velen sobre sus súbditos y de todo se acuerdan ménos de esto; la voz de sus pobres pueblos no la escuchan jamas; se mofan de la justicia, no amparan á la viuda y al huérfano; pillaje, incendio, todo les está permitido. El Dios que hirió á los cananeos va á herir á estos impíos. Sonó la hora de vengarnos.

«No os dejéis espantar por el cañon: cada bala del enemigo vendrá á ahogarse en las mangas de mi vestido. Valor, pues, firmes en vuestro puesto.»

Y á una señal de su jefe, aquellas turbas se arrodillan y entonan el

Veni Sancte Spiritus.

La arenga del landgrave á los suyos es más corta y más bíblica que la del jefe de los paisanos:

«El que saca la espada, morirá por la espada, ha dicho el Señor; quien resiste á los príncipes, resiste á Dios; un súbdito debe asemejarse á Sem que echaba su capa sobre la desnudez de Noé. ¡Adelante!»

Y por aquellas montañas empieza á retumbar el eco de los cañones; y la caballería carga con ímpetu á los ilusos anabaptistas que la aguardan arrodillados, que caen aplastados á los piés de los caballos.

Sólo los mineros se defendieron con vigor. Ni uno pidió cuartel. Morían vomitando imprecaciones contra los ricos.

Uno de ellos, que se había batido como un héroe, fué preso y conducido ante el landgrave Felipe de Hesse, que le preguntó:

—Veamos, ¿qué es lo que te gusta más, el régimen de los príncipes ó el de los aldeanos?

—A fe mía, le contesta aquel hombre; los cuchillos no cortarán mejor cuando nosotros seremos los amos.

El príncipe le perdonó.

Cuando ya las cornetas anunciaban la victoria de parte de los príncipes, un gentilhom- bre de Limbourg encuentra á uno de los aldeanos ensangrentado, con la palidez de la muerte pintada en su rostro. Junto al herido había una bolsa y dentro una carta que el conde Alberto había dirigido á Munzer.

—Dime compañero ¿de dónde has sacado esta carta?

El enfermo balbucea algunas palabras ininteligibles.

—¡Ola! Tú serás Munzer, le dice el camarero muy satisfecho de semejante hallazgo.

Al principio el jefe anabaptista no respondió; pero despues, asediado por las preguntas de su interlocutor declaró que efectivamente él era el profeta.

Se le sacó de allí sin dejarle tiempo para acabar de vestirse.

Al presentarse en el campo de los vencedores estalló una carcajada general.

Munzer fué echado en un calabozo.

Lutero recomienda á los príncipes que no tengan compasion de los aldeanos, llegando á amenazarles con la cólera de Dios si se hacen culpables de echar aceite sobre las llagas de sus enemigos.

«Para estos rústicos, dice, nada de compasion; para ellos la ira y la indignacion de los hombres.

«Justificarles, compadecerse de ellos, equivale á negar á Dios, á blasfemarle, á abdicar para siempre del cielo (1).»

Y no obstante, el primer culpable de aquella insurreccion era Lutero. Sin Lutero no hubiera aparecido Munzer; aquellas turbas no se hubieran echado ciegas á la revuelta, si aquella ceguera no la hubiese producido desde un principio la palabra del doctor de Wittemberg.

Con razon, pues, el sacramentario Hospinien increpaba á Lutero, diciéndole:

—Quien escitó la guerra de los aldeanos eres tú.

Munzer desde el fondo de su calabozo no cesaba de acusar á Martin de todas sus des- gracias.

Un sacerdote católico fué á visitar al que había sido el jefe de los anabaptistas, le reconcilió con la Iglesia, le confesó y le administró la comunión, en cuyo acto dió extraordinarias muestras de compuncion y de cristiana piedad.

Despues de haberse confesado Munzer aguardó la muerte con ánimo tranquilo. Temblaba á veces, pero era al pensar en el juicio de Dios.

Al partir para la ejecucion, oró primero con gran fervor, y con paso firme se dirigió á expiar su rebeldía en Heldringen. Al llegar allí, se arrodilló, dijo el *Credo*, dirigió una sentida exhor- tacion á los príncipes que les hizo derramar lágrimas, estrechó la mano del sacerdote, dijo— ¡Adios!—al verdugo y fué ejecutado, escribiéndose sobre su ensangrentada cabeza este letrero:

«Munzer criminal de lesa majestad.»

Los restos de los aldeanos, con el nombre de hermanos Moravos, viven dispersos en algunas provincias de Holanda, donde no han turbado en ninguna época la accion* del poder.

Cochleas al resumir estos hechos, en presencia de la mucha sangre que se derramó, dice:

«En el día del juicio Munzer y los aldeanos gritarán en presencia de Dios y de sus án- geles:—Venganza contra Lutero.»

XXVIII.

Disputas entre los reformados.

Despues de las luchas armadas que dejamos descritas, empieza para la reforma un nuevo período. Vemos á los reformadores divididos en moderados y violentos, dos partidos que tienen sus respectivos jefes, sus doctores y sus regiones donde dominan.

(1) Nicol. Amsdorf. 30 maii 1523.

Los adictos á Lutero, que constituían la facción de los moderados, acusaban á los de Carlstadt, que figuraban en el bando opuesto, el haber sido no sólo los promovedores de la guerra de los aldeanos, sino el tener con ellos graves compromisos de que se desentendieron en la hora de la lucha.

Algo había de verdad en este cargo. Carlstadt, á quien se vió en la Franconia mezclándose con los rebeldes, no sintiéndose con vocación de soldado, al primer cañonazo quitóse su traje de guerrero, su capa de aldeano y su sombrero de fieltro, para ir á hacer la guerra en otro campo donde se corrían ménos riesgos, que era el de sus libros.

Apénas llegado á su residencia se dedica á escribir dos libros en refutación de la escuela luterana.

En el primero trata de la voluntad divina y establece en Dios dos voluntades, la voluntad de la eternidad y la voluntad del tiempo; la una opera el bien, nos ilumina y nos atrae hacia el CRISTO; la otra opera el mal y se acomoda á las inclinaciones del corazón. Ocupándose de la Biblia, dice que siendo Dios espíritu debemos servirle en espíritu y que es á la esencia y no á la corteza de la letra á lo que debemos atenernos, ya que la letra no es más que una tumba.

En su segundo libro sublévase contra la fe luterana, y sostiene que la fe no puede subsistir sin el amor, pues la fe sin amor es un cadáver, es una fe de papel.

Por aquella época Zwinglio aprendía de boca de un ángel, según él cuenta, la interpretación de las palabras de la Cena.

Los luteranos contestaban que este ángel de que Zwinglio no podía apreciar el color, no podía ser más que un ángel decaído, un ángel de tinieblas, es decir, el demonio.

Pero contra quien los luteranos, y en particular su patriarca, se sentían más excitados, era contra Carlstadt.

Lutero se dirigió á predicar en Jena, donde Carlstadt se encontraba accidentalmente. No fué aquello un sermón; fué una continuada diatriba contra aquel que, habiendo sido ántes su maestro, estaba constituido en su rival, á quien increpó de ciego fanático, acabando por cubrirle del ridículo. Carlstadt, el aludido, hallábase en el templo, observando como se fijaban en él las miradas de los oyentes.

La palabra del doctor caía sobre Carlstadt como lluvia de fuego. Pocas veces Martin había estado más vehemente y más agresivo. Carlstadt se agitaba en su silla, se levantaba, volvía á sentarse; á cada signo de que se apercebía, Lutero se manifestaba más insolente. Carlstadt acudió al recurso de ocultarse tras de una pilastra.

Al descender Lutero del púlpito excitó la curiosidad general el ver que Carlstadt se acercaba hacia Martin y le hablaba al oído. Lutero sin detenerse y sin decir una palabra se limitó á hacer una señal afirmativa. Era un desafío teológico que acababa de aceptar.

El punto de la cita fué el meson del Oso Negro.

Al llegar la hora convenida, nunca el meson se había visto tan lleno de bebedores. Lutero se confundía entre la muchedumbre, sentado en una mesa, teniendo á su lado al burgo-maestre.

Carlstadt fué á colocarse junto á él. Reproduciremos algo de aquel diálogo:

CARLSTADT.—Os probaré que el CRISTO que predicabais en vuestro sermón no es ni con mucho el CRISTO que fué clavado en cruz; sino que es otro que habéis hecho para vuestro uso y á imagen vuestra: yo añado que en vuestra enseñanza hay contradicciones palpables.

LUTERO.—Pues adelante, doctor, subid á la cátedra y á la faz del cielo, como corresponde á un hombre de bien, mostradme en qué he errado yo.

CARLSTADT.—En una disputa pública nos trataríamos bastante mal el uno al otro; y ya sé que vos habéis sabido atraeros la plebe.

LUTERO.—Os prometo que nadie os molestará.

CARLSTADT.—Con esta condicion disputaré en público y manifestaré la verdad de Dios ó mi vergüenza.

LUTERO.—Vuestras necedades, queréis decir.

CARLSTADT.—Mi vergüenza que yo soportaré para gloria del Señor.

LUTERO.—Y que caerá sobre vuestras espaldas.

CARLSTADT.—En este terreno ¿quién ha de intimidarme? Mi doctrina es pura, viene de Dios.

LUTERO.—Si viene de Dios ¿por qué no habéis sabido inspirar á vuestros oyentes aquel espíritu que os llevaba á destrozár las imágenes en Wittemberg?

CARLSTADT.—Era obra que emprendí con algunos de vuestros discípulos que huyeron en la hora del peligro.

LUTERO.—Es falso. Protesto contra vuestras palabras.

CARLSTADT.—Pues yo protesto que son verdaderas.

LUTERO.—Vamos; os aconsejo que no os presentéis en Wittemberg; no hallaríais allí amigos tan celosos como vos os figuráis.

CARLSTADT.—¡Ah, doctor! En el día del Señor se revelarán muchas cosas misteriosas; se levantarán ciertos velos, y Dios manifestará su justicia.

LUTERO.—Yo puedo presentaros cierta cédula de la Universidad en que hay artículos condenables.

CARLSTADT.—Doctor, faltáis á la verdad; la cédula á que aludís es una pura invencion.

LUTERO.—Ya se yo que aunque os citara cien hechos ciertos, me responderíais siempre que son falsos.

CARLSTADT.—Si decís la verdad, que me tuerza el cuello el diablo.

LUTERO.—Vamos, sabéis que os conozco, y que sé que vos no pensáis sino en una cosa, que es en andar por las nubes, marchar por las sendas de vuestro orgullo, enalteceros en vuestras solitarias sublimidades.

CARLSTADT.—Es lo poco que he aprendido de vos.

LUTERO.—Acabemos. ¿Os comprometéis á escribir abiertamente contra mí?

CARLSTADT.—Si esto os agrada, os prometo complaceros.

LUTERO.—Pues entónces, ahí tenéis en prenda un florin.

CARLSTADT.—Acepto la propina, doctor.

Lutero mete la mano en el bolsillo, saca un florin y lo entrega á su contrincante. Éste lo enseña á todos los presentes y dice:

—Ya lo véis: el doctor Martin me da ese florin en prenda y señal de la autorizacion que me concede para que escriba contra él.

Lutero le estrecha la mano, diciendo:

—Convenidos; y llenando un gran jarro de cerveza lo ofrece á su adversario.

—A vuestra salud, doctor.

—A la vuestra, dice á su vez Carlstad.

Luégo éste prosigue:

—Espero que cuando yo cumpliré mi promesa, vos no vendréis á atormentar á mis pobres impresores.

—Al contrario; respondió Lutero; cuánto más vivamente me atacéis, más contento estaré de vos.

Dicho esto se estrecharon la mano y se separaron.

Sale Lutero de Jena y se dirige á Cala, donde la poblacion, obedeciendo á los carlstadianos, acababa de destrozár solemnemente un Crucifijo.

Lutero recoge los restos de la imagen, sube al púlpito y pronuncia una violenta arenga contra los falsos profetas, refiriéndose á Carlstadt y á los suyos.

Sabe Lutero que en Orlamundo Carlstadt tiene gran partido. El doctor Martin envía allí á

Wolffang Stein á que se aviste con el burgomaestre á fin de que convoque el Concejo y los ciudadanos con quienes desea tener una conferencia.

En la hora designada el burgomaestre, acompañado de los magistrados, sale á recibir al doctor á las puertas de la ciudad.

Lutero entró en Orlamundo con la actitud de un general que se presenta en una poblacion rebelde.

Apénas responde á las palabras de bienvenida que se le dirigen, y cuando el burgomaestre va á dirigirle su arenga, le corta bruscamente la palabra. Con rostro sombrío atraviesa las calles de la poblacion sin saludar á nadie.

Cuando estuvieron sentados, el doctor Martin, en presencia de los jarros de cerveza, se presentó ya más benévolo.

Poco despues empezaba Lutero á reprenderles por haber destrozado las imágenes, cuando se presenta Carlstadt, y dice:

—Si lo tenéis á bien, doctor, yo tomaré parte en la conversacion.

Lutero contesta encolerizado:

—Es cosa que no toleraré en manera alguna.

—Como queráis, doctor.

—No, no, vos sois mi enemigo, mi adversario ¿no os dí yo un florin de oro?

—Es verdad, doctor, soy enemigo y adversario de todo el que combate contra el CRISTO y contra la verdad.

—Bueno, respondió con viveza Martin; podéis retiraros; aquí no os necesitamos para nada.

—¿Pero no es éste un sitio público? Si venís aquí para sostener la verdad, no sé á que viene este miedo de mí.

Lutero hizo seña á su cochero para que enganchara los caballos y él se levantó en actitud de marcharse.

Algunos asistentes se acercaron á Carlstadt, le hablaron al oído y éste se retiró de la sala.

Entónces Lutero continuando los cargos que tenía que dirigir contra los de Orlamundo, dijo:

—Me habéis escrito una carta insultante. En ella me negáis un título de honor que los príncipes, los grandes, el pueblo y hasta mis enemigos me conceden.

—Citad, pues, grita un hombre del pueblo con actitud resuelta, una sola expresion ultrajante.

Lutero, al ver que es un plebeyo el que se atreve á terciar con él y hablarle en alta voz, se irrita y exclama:

—Aquí tenéis el tono y la cólera de vuestros profetas; vuestros ojos, amigo mío, son como dos carbones ardientes; pero no me quemarán.

A estas frases del doctor siguió un momento de silencio que interrumpió uno de los consejeros diciendo:

—Respóndedme, maestro: ¿Reconocéis á Moises por promulgador del Decálogo?

—Sin duda.

—Y no dice «¿no tendréis ningun otro Dios delante de mi?» Y Moises no añade, para explicar este precepto divino: «¿quitaréis de en medio de vosotros todas las imágenes y no guardaréis ninguna?»

—Se entiende esto de los ídolos ó de las imágenes á las que se adora; y lo que yo adoro no es la imagen de JESUCRISTO.

—Pues bien, dijo un zapatero; al pasar por delante de imágenes pintadas en las paredes, yo á veces me he descubierto; era un acto de idolatría que Dios condena; luégo es menester abolir las imágenes.

—Esto que decís se limita á un abuso y si por abuso hemos de romper las imágenes, ar-

rojad tambien vuestras mujeres y echad vuestros toneles. Vos no habéis leído mis libros. Os recomiendo que los leáis.

—Los he leído, repuso el zapatero, y os digo á fe mía que no me satisfacen.

El doctor Martin manifestándose vivamente contrariado, se negó á proseguir la conversacion y se marchó.

Por ahí puede venirse en conocimiento de la armonía que entre los reformados reinaba.

En Amberes los predicadores de la Reforma, desentendiéndose de las enseñanzas del doctor Martin, anuncian que todo hombre posee el Espíritu Santo, y que el Espíritu Santo no es otra cosa que la razon humana.

Juan Deneck, profesor de literatura en Nuremberg, enseña á sus alumnos que el Hijo y el Espíritu Santo no son iguales al Padre.

Luis Hetzer escribe contra la divinidad de JESUCRISTO; apénas la Reforma nace y degenera ya en racionalismo.

Lutero se lamenta del curso que sigue la nueva doctrina.

«Aquí, dice, uno que rechaza el bautismo, allí otro que niega la Eucaristía, más allá otro que se complace en edificar un nuevo mundo entre el presente y el mundo que surgirá despues del juicio final. Hay quien borra de su símbolo la Revelacion: todos se contradicen, *quot capita tot sententiæ*, todos se constituyen en profetas.»

El pueblo interviene en los sermones, los cuales degeneran en diálogos, como sucede en Strasburgo, donde miéntras predicaba Mateo Zell en la catedral, entra un hombre y le contesta:

—Mientes; estás mintiendo al Espíritu Santo.

En Zurich se tiene de arrojar de la ciudad á los que contradicen las enseñanzas de Zwinglio.

XXIX.

Los frailes apóstatas.

Si Lutero con sus libelos, con sus sermones lúbricos contribuyó á introducir el desórden en las casas religiosas, tambien cooperaron á esta obra de escándalo y de disolucion los poderes públicos, arrojando de sus retiros á los religiosos que permanecían fieles á su vocacion. ¿Era esto la libertad tan cacareada por los amigos de Lutero?

Al doctor le dirigieron esta pregunta:

—Si nada debe haber tan libre como la conciencia, si está prohibido el forzarla; ¿por qué los príncipes se permiten arrancar á los frailes de sus conventos?

A Lutero le pareció muy fácil la contestacion; no debía apurarse por una inconsecuencia más.

—Es verdad, dice, que no debemos forzar á nadie á que acepte nuestras doctrinas; pero sería un crimen el no oponernos á que se profanasen nuestras enseñanzas. Resistir el escándalo ne es perjudicar la libertad. Yo no puedo forzar á un pícaro á que se vuelva hombre de bien; pero puedo impedirle que haga picardías.

—Pues, ¿no toleramos á los judíos que blasfeman del Señor?

—Los judíos no pertenecen al cuerpo eclesiástico ni al cuerpo seglar. Un bribon colgado en un cadalso puede muy bien desahogarse en injurias contra sus jueces, ¿quién había de impedirselo? Pero esos frailes quieren ser *de utroque jure*, quieren blasfemar á la faz del cielo y tener derecho para ello. Cuando nuestros príncipes estaban en duda acerca si la vida monástica es una ofensa á Dios, entónces hubieran sido culpables cerrando los conventos; pero

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. — Van publicadas 112 entregas.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecían poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.